

Revista Médica de Costa Rica

Director: Dr. JOAQUIN ZELEDON

TOMO VI

San José, Costa Rica, Mayo de 1945
No. 133

AÑO XII

Discurso pronunciado por el Doctor Solón Núñez

al colocar el busto de Pasteur en la explanada del edificio de Salubridad, con motivo de la visita del Prof. Vallery Radot

En una mañana llena de sol, del mes de Diciembre de 1922, siendo Presidente de la República el ilustre ciudadano don Julio Acosta, cúpome el privilegio de inaugurar este bronce como acto de admiración y gratitud a la Francia inmortal; como acto de admiración y reconocimiento al más sabio de los hombres de todos los tiempos y como lección permanente a las juventudes de estudio, de fé y de honestidad.

Casi un cuarto de siglo después, al pie de la efigie del abuelo inmortal, cábeme el privilegio de saludar al nieto ilustre, profesor Pasteur Vallery Radot, Embajador de Francia ante la latinidad de América, a su cultísima señora y demás destacadas personalidades que integran la Misión Extraordinaria que honra hoy nuestro suelo.

El doctor Vallery Radot es Miembro de la Academia Francesa; Miembro de la Academia de Medicina de París y Presidente del Consejo del Instituto Pasteur. La sola enumeración de estas credenciales es la más brillante biografía que de él pueda hacerse.

Falta esta tarde entre nosotros, abreviada su existencia por el cuadro horripilante de la Francia invadida; por la ensañada persecución de sus hombres de ciencia; por la muerte cruel de su maestro el profesor Caullery, el doctor Clodomiro Picado, alumno del Instituto Pasteur que tanto supo honrar su Escuela y que tanto prestigio científico dió a nuestra patria.

Fué a los últimos reflejos de la primera gran guerra que Costa Rica subrayó su devoción a Francia, celebrando el centenario del nacimiento del más grande de sus hijos, y es a los últimos reflejos

de esta Segunda Gran Guerra, que coinciden con la bodas de oro de Pasteur con la inmortalidad, guerra de la cual Francia saldrá rejuvenecida con conciencia clara de sus errores de ayer, pero con clara conciencia de la responsabilidad en sus propios destinos y en los destinos del mundo, que nuestro gobierno ha decidido — como un homenaje al doctor Vallery Radot, médico, investigador y literato todo en alto grado — plantar el busto de Pasteur en la portada de la organización del Estado cuya finalidad es proteger la vida de la nación.

Pasteur no es solamente el ciudadano del mundo que más dolores haya evitado a la humanidad; no es solamente el ciudadano del mundo que mayor número de vidas ha rescatado y continúa rescatando, sino que es hermoso ejemplo de desprendimiento personal; de continuidad en el esfuerzo; de culto a la verdad y de admisión a lo bello. "Feliz, decía el hombre que lleva dentro de su pecho un Dios, un ideal de ciencia, un ideal de las virtudes del Evangelio."

Ante el tosco realismo de los días que corren; ante el triunfo del hombre práctico, la generosidad y el desprendimiento de Pasteur y su alma sensible a los dolores de la humanidad es lluvia que refresca y fecundiza. No es de una delicadeza infinita y de una profunda filosofía, su frase, al parecer ingenua cuando de joven, quebrantada su salud en Arbois, añorando el hogar, musitaba: "Si al menos pudiera apreciar el olor de la tenería, me sentiría mejor." La obra admirable de Pasteur revela su genio pero es preciso vivir en su intimidad para conocer la nobleza de su corazón, decía Roux, su Juan, su discípulo bien amado. Y es, jóvenes, que a la larga lo que más vale en el hombre es el corazón.

Dos sentimientos dominan el alma de Pasteur: pasión por la patria y pasión por la humanidad. La ciencia no tiene nacionalidad, pero el hombre de ciencia sí la tiene, solía repetir para enaltecer cada vez más la suya; devuelve indignado a Alemania en 1870, con ocasión del sitio de París, los títulos y condecoraciones por su responsabilidad en la destrucción de dos grandes pueblos. Cabe preguntar cuál habría sido su actitud ante la destrucción de la humanidad por el mismo pueblo que tan dura y justamente increpara.

Sus palabras al inaugurarse el Instituto Pasteur en 1886 tienen de execración, de profecía y de fé; parecen haber sido dichas

en medio de la tragedia que envuelve hoy al mundo: "Dos leyes opuestas, decía, disputan la orientación de la humanidad: una de sangre y muerte, creando cada día nuevos modos de destrucción que fuerzan a las naciones a estar siempre listas para la batalla. La otra es la ley de la paz, trabajo y salud cuyo único ideal es librar al hombre de las calamidades que lo asedian. La una busca violentas conquistas; la otra la dicha del hombre. La una coloca la vida de un solo individuo por encima de todas las victorias; la otra sacrifica miles y miles de vidas a la ambición de un solo individuo; y se preguntaba:Cuál de estas dos leyes prevalecerá?

Si Pasteur aún viviera tendría fe en el triunfo de la segunda ley en la estructuración del porvenir; tendría, en un mundo mejor, aquella fe que jamás lo abandonó en los momentos más difíciles de su carrera científica y que estuvieron a punto de ensombrecer su gloria. Tendría como De Gaulle, en los momentos de mayor angustia, la misma fe inquebrantable en los destinos de Francia. "El movimiento de De Gaulle representa una fuerza mística, al mismo tiempo que realista. Esa gran fuerza del General De Gaulle y de sus primeros compañeros, está en no haber admitido jamás la derrota de Francia y De Gaulle ha hablado siempre como si tuviera detrás de él la Francia de 1934". Cuando al cabo de siglo y medio Washington devuelve la visita a Lafayette encuentra un pueblo dispuesto de todo corazón a luchar y a vencer. En efecto, la agresividad y la violencia que ayer parecían prontas a estrangular al mundo pierden fuerza y el derecho y la justicia no tardarán en dominarlas por los siglos de los siglos. Si se ha derramado tanta sangre; si los mares están poblados de cadáveres; si falta tierra para cubrir tanta tumba; si hay lágrimas y hay dolor y miseria en el mundo entero, ello no debe, no puede ser en vano. Que tanto sacrificio signifique la aurora de una vida de paz permanente, cuyo lema sea: libertad y justicia, salud y pan para todos los ciudadanos de la tierra. Si así no fuera, que la inscripción del Dante a la puerta del Infierno cobije al Universo entero.

Decid, señor Embajador, al regreso a vuestra patria, que allá en la cintura de América, bajo el más puro de los cielos, bañadas incesantemente sus playas por los dos océanos, surcado su suelo por abundantes aguas y ornado su conjunto por montañas de verdor perenne, vive la nación más pequeña del Continente: Costa Rica. Pero decidle también que ella ostenta orgullosa los mismos colo-

res de vuestra bandera; que ha bebido a grandes sorbos vuestra cultura; que incorporó en buena hora los principios fundamentales de la Revolución Francesa, y es fiel a esos principios; que se santigua con vuestros sabios, vuestros poetas y vuestros héroes; que lloró ayer de dolor ante su caída efímera, y llora hoy de placer ante su resurrección.

Decidle que ella sabe que Francia no puede sucumbir, ya que Dios le asignó la misión augusta de alumbrar al mundo.